

Antonio Zamorano Baier

Gabriela Mistral y la crítica



L papel que la crítica debe desempeñar dentro de la producción literaria parece no haber sido señalado con caracteres bien nítidos, especialmente en lo que se refiere a sus finalidades. Y, como en pedagogía—palabra que Gabriela Mistral viene diciendo que es preciso prestigiar—todos los métodos son buenos con tal que haya uno, en materia de crítica todas son buenas con tal que haya en ella una finalidad. Para unos su objeto será simplemente informar sobre la obra literaria, para otros dar una impresión o transmitir las emociones o los pensamientos que esa obra literaria haya suscitado en el ánimo del crítico con el fin de incitar a la lectura y guiar la atención del lector hacia aquello que realmente es valedero, para otros será tal vez constatar qué se propuso el escritor al emprender una obra y si realmente alcanzó o realizó en ella—o con ella—aquello que tenía en vista.

Hay quienes han creído que, en países de cortas tradiciones culturales e históricas como los de América, el papel de la crítica debía ser el de estimular la producción literaria para abrir el terreno y hacerlo frutecer en poemas autóctonamente maduras que dieran personalidad a cada una de las regiones americanas o fuesen la expresión de lo típico que hay en ellas.

No han pasado, por cierto—como lo hubiera deseado ese artífice de la frase y cultor exclusivo del arte literario que se llamó Gustavo Flaubert—los tiempos en que el crítico era sólo gramático, o sólo historiador. El deseaba que el crítico fuese sólo artista. Hoy el crítico es todo esto a la vez y se esfuerza por lo último. Pero la mayor dificultad reside en que juzgue como artista a otro artista, porque el elemento psíquico que el crítico emplea está más bien hecho de fría razón que de cálida intuición, mientras que en el artista la psique trabaja al revés. Es esta la causa por la que los críticos suelen aparecer terriblemente injustos ante los ojos de los escritores que han puesto toda «su alma» en su obra, que aquellos debieron haber «gustado» con el mismo cariño que el artista puso en *crearla*. Para que el crítico acertase siempre en su juicio sería preciso que fuese como esos hombres que, sin ser borrachos, se les llama *gustadores*, porque saben beber con alegría y ponderación.

Entre nosotros ha sido frecuente oír quejas contra la crítica ante el triunfo de un escritor. Se la acusa de no haberlo estimulado, o de haberle hecho el silencio, o de haberle tratado olímpicamente con el pie. Y han sido borrascosas, y hasta pintorescas, las polémicas que se han suscitado al respecto.

Con Gabriela Mistral no sucedió lo mismo entre nosotros. El crítico y escritor Hernán Díaz Arrieta (Alone) la recibió con entusiasmo y admiración. Los poetas y los maestros sintieron que una hermana excelsa había nacido a su lado. Y cuando apareció «Desolación», Eduardo Barrios dijo en 1923: «Con el pretexto de «Desolación» rindamos, pues, homenaje al primer espíritu genial que da Chile al mundo». Después de veintidós años el mundo ha reconocido que el maestro chileno de la novela psicológica tenía razón. ¿Cómo no había de «gritar coma un niño» cuando se le concedió el Premio Nobel a la poetisa? Por su parte, María Monvel, en «Poetisas de América», dijo: «Unica, absoluta, compleja, sola. múltiple, Gabriela Mistral es

la poetisa más grande que ha producido América y la más grande de todos los tiempos de lengua castellana».

Los que opinaban de esta manera entusiasta y sin reticencias sobre Gabriela Mistral eran no sólo críticos sino artistas que habían realizado una obra considerable como tales. Y el tiempo y la Academia Sueca les dió la razón.

* * *

La carrera ascendente que en el mundo de las letras Gabriela Mistral había emprendido con la admiración de todos y con las maledicencias en voz baja de las viejas comadres de los pueblos tuvo, sin embargo, un serio tropiezo en 1935 con la publicación de un libro, «Estudios sobre Gabriela Mistral», escrito por el crítico don Raúl Silva Castro, libro que se ha puesto de actualidad en estos días al intentar los estudiantes y los estudiosos informarse más intensa y autorizadamente sobre los adentros de la poesía que había sido acreedora al Premio Nobel de literatura en 1945.

Serio tropiezo, porque nadie desconoce la autoridad de que goza el señor Silva como crítico bien informado a través de caudalosas lecturas y como investigador a causa de la acuciosidad exhaustiva de sus trabajos analíticos.

Serio tropiezo, porque—aun cuando el autor comienza declarando que en su obra hay «luz y sombra, censura y elogio» y que él no escribe para los «admiradores de Gabriela Mistral» que «verán sólo la censura y la sombra» y que le place dirigirse «a los hombres que han puesto la obra de arte por encima de los seres que la crean, es decir, a los únicos que comprenden que en la crítica literaria se puede ser severo y aun adusto, sin odio para nadie»,—hay que confesar que cuesta trabajo encontrar a lo largo de sus 250 páginas algunos de los elogios que promete y en cuanto a la luz, ésta es tan opaca que el lector desprevenido de estos «Estudios sobre Gabriela Mistral» que-

dará a la postre pasmado sin lograr comprender cómo ha podido ser posible que le hayan concedido la más alta distinción mundial a una escritora de condiciones tan precarias.

Es verdad que el crítico nos prepara el ánimo advirtiéndole que será «severo y aun adusto» pero «sin odio para nadie». Tenemos que creerle. La buena intención se supone siempre. Sin embargo, no se puede decir que sea simpatía lo que siente por la poetisa y sus admiradores cuando dice: «Yo creí en 1932 (cuando incluyó un artículo sobre ella en «Retratos literarios») formado ya en torno del nombre de Gabriela Mistral cierto silencio de calma que permitiría intentar una evaluación crítica ajena de la garrulería pomposa y vacua del tropicalismo iletrado». Después de un año, en 1933, a propósito de un libro excesivo sobre la escritora agrega que pudo «establecer hasta qué punto era hondo el surco labrado por la poetisa en la inculta mentalidad hispanoamericana».

Si aquí no hay odio se habrá, por lo menos, de comprender que se tiende hacia una perfecta iconoclasia: «Ha pasada la autora a ser una especie de monumento literario, basado en precario terreno; los admiradores parecen sentir que cualquiera rectificación le hará daño, acaso porque ese monumento descansa en el equilibrio inestable de una convención».

Para el autor, Gabriela Mistral no puede ser otra cosa que una convención, una especie de mito, aceptado por el consenso general, pues casi toda la obra de la poetisa no son sino «conatos literarios», debido a su desconocimiento de los clásicos: «Desgraciadamente no tuvo luego guías más seguros para sus conatos literarios que las lecturas que hemos citado (la Biblia, Vargas Vila, Tagore, Guerra Junqueiro, Nervo, Federico Mistral, Omar Khayam); obsérvese que todas ellas, salvo la de la Biblia y la de Omar Khayam, son contemporáneas. La autora no conoce la cultura greco-latina en todo lo que ella tiene de profundo y de preciso: de joven seguramente no leyó a Platón ni a Plutarco, a Hesíodo ni a Horacio, a Píndaro ni a Ovidio, y

si los ha leído más tarde, innecesario parece advertir que no han podido influir sobre las formas artísticas que llevan su nombre».

De modo, pues, que Gabriela Mistral se habría salvado si hubiera leído a los clásicos greco-latinos. Pero no lo hizo cuando joven, menos podía sacar provecho de la lección cuando ya era una mujer madura en 1935, o sea, cuando se publicaron estos «Estudios», que parecen no haber tenido muchos lectores, por lo menos en el exterior.

* * *

A demostrar el escaso valor artístico de la obra de Gabriela Mistral tienden las 250 páginas, densas y apretadas, de este iconoclasta.

Nada escapa al escalpelo del señor Silva. Todo le merece reparos o dudas, hasta la vida misma de la poetisa: «No mide, no pondera, no sabe hallar el justo término medio, oscila violentamente entre la sutil canción de cuna y el sollozo, acaso alarido, de «El ruego»; entre la tierna de un amor casto—como lo fué verosímilmente el suyo—y el jadeo entrecortado de «Interrogaciones». ¿Verosímilmente? ¿El señor Silva duda que el amor de Gabriela Mistral y Romelio Ureta, que se suicidó por deudas que contrajo en favor de una tercera persona, haya sido casto?

Hay que agradecerle al señor Silva la minuciosidad de sus análisis hasta agotar los temas y su esfuerzo por pensar objetivamente. Esto último parece haberlo traicionado cuando dice: «...no sólo tiene zonas difíciles sino que en algunas de ellas la inspiración falta en absoluto, la lengua balbucea, tiranteada entre lo sublime a que aspira y lo grotesco a que por naturaleza tiende, y el estilo es premioso y cojea en claudicaciones incomprendibles, agravadas por la forma rítmica, ¿Será verdad que este crítico escribe «sin odio para nadie»?

Una obra de arte produce una emoción estética que eleva y dignifica a la especie humana. Si esa emoción no se produce los esfuerzos del artista han fracasado. Es exactamente lo que le ha sucedido a Gabriela Mistral frente al señor Raúl Silva Castro, salvo unos pocos poemas o partes de ellos, que el crítico acepta, no sin reticencias. No es uno de esos hombres «¡ah!» u «¡oh!» que se abandona al elogio de admiración incontenida. Pura mala suerte de Gabriela Mistral, pues si su producción hubiera logrado conmoverlo quizás si ella hubiera obtenido ya el Premio Nacional de Literatura, lo que ahora será poco menos que imposible, porque no habrá un jurado con dignidad que quiera hacer el papel ridículo de otorgárselo.

Si este crítico escribe sin odios, la poetisa, en cambio, «deja—según él—ancho espacio al odio y al rencor. Odia a los que agitaron el agua quieta de su vida, a los hombres de «ímpetus laxos» (?) («Al oído del Cristo») a las mujeres dominadas por la lascivia, a los que no entienden la sagrada misión del maestro». Pero, ¿quién no odia la indiferencia, la lascivia o la incomprensión? Hay odios que enaltecen.

* * *

El principal defecto de la poetisa, según el crítico, consiste en que «le falta constantemente el instrumento de arte que debía dominar» (página 35). Cita ejemplos de versos mal medidos, pues el señor Silva los mide con reglas pre-establecidas y llega a la siguiente conclusión: «La revelación de un temperamento poético puede hacerse a través de una realización poco grata. Es el caso de Gabriela Mistral, que se muestra poeta en medio de versos bruscos y mal medidos, donde se han olvidado el arte de rimar y la musicalidad de los períodos rítmicos. Reparar en sus descuidos no es, pues, negarle título de poeta sino apenas lamentar que a él no puede adscribirse el otro, no menos precioso, de eminente artífice del verso. En la fusión de ambos se

halla lo que todo poeta busca con ahinco: pasar a la posteridad». Este último juicio resulta un poco temerario si se toma en cuenta las proyecciones del Premio Nobel, de que el autor de «Estudios sobre Gabriela Mistral» no tiene ninguna culpa.

Avanzando en la lectura de este libro de crítica, se encuentran observaciones tan curiosas como éstas: «Por esto (por el instinto arte) la literatura francesa, aunque exigente en materia de arte, coloca en categoría nada vulgar a la triste Marceline (se refiere a «la desventurada Marceline Desbordes-Valmore, amante desdeñada, artista de teatro a edad prematura, madre tierna de un hijo que la muerte le arrebató a deshora, y víctima siempre de la miseria, el engaño y la crueldad de los demás») y una crítica severa no perdonaría a Gabriela Mistral sus increíbles vulgaridades y sus errores presuntuosos». ¿Así que una persona culta no debe desconocer a Marceline Desbordes-Valmore y debe en cambio ignorar a la vulgar y presuntuosa Gabriela Mistral?

* * *

Estos son los puntos básicos de los «Estudios sobre Gabriela Mistral»:

a) a su obra «evidentemente que le falta un centro, un eje en torno del cual ordenar el repertorio de las formas literarias y hasta en los sentimientos...»;

b) reconoce que esa obra «es muy humana, que es el fiel reflejo de los dolores que a cada paso pueden asaltarnos en la vida»; pero

c) «no ha respetado las normas del arte y las ha trastocado a su arbitrio».

Para desarrollar el primer tema clasifica los poemas de la poetisa según el contenido de cada uno de ellos y luego analiza los grupos según su dosis de humanidad y su realización artística, como para persuadir a los «leyentes» de sus puntos de

vista y ganar adeptos, porque el autor aduce que no está solo en sus juicios, y le hace tales reproches a la escritora, de tal manera que no quede en buenas migas, por ejemplo, con la religión y con el magisterio, que parecen haber sido sus principales pilares.

El segundo punto de vista lo abandona con frecuencia, lo que es muy lamentable, porque ello le habría permitido una justa valoración de la labor literaria de Gabriela Mistral. Si hubiera comenzado por aquí y hubiera relegado a términos secundarios lo referente a «las normas del arte» y hubiera subordinado a ese contenido humano el «repertorio de las formas literarias y los sentimientos», el crítico hubiera hecho un trabajo de justicia y una «crítica digna», que parece ser su máxima aspiración. (Véase nota al pie de la página 157).

El señor Silva parecía darse cuenta de que ese era el verdadero camino. No lo quiso. Y de su análisis y clasificación apenas escapa ilesa Gabriela Mistral como poetisa de la maternidad: «Los «Poemas de las madres» pueden ser más pulcros, más cuidadosos en su estilo, pero es difícil que sean más humanamente conmovedores que como los concibió y realizó nuestra poetisa». Son estos poemas en prosa los que muestran la honda emoción con que Gabriela Mistral ha encarado el mayor misterio de la vida femenina, y no es aventurado calificarla, siquiera por ellos, de grande poetisa de la maternidad». Quizá si por este mismo camino de la maternidad no se habría explicado también «la concepción varonil del amor» en Gabriela Mistral. Parece que para ella el hombre amado es más «hijo» que el hombre propiamente tal:

«Te acostaré en la tierra asoleada con una dulcedumbre de madre para el hijo dormido, y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna al recibir tu cuerpo de niño dolorido».

¿Ante el cadáver del que fué su amor único no reacciona también con el fiero y primario instinto de la madre que ve a su hijo herido e indefenso, pero que lo sabe por fin a salvo?

Es curioso observar que asimismo otros críticos hayan querido dar alcances freudianos a situaciones o reacciones que aun se observan a diario en el tratamiento que recíprocamente se dan los enamorados en su estado de prolongado «trance».

Tampoco le parecen mal al señor Silva las «Canciones de cuna» y las «Rondas» (amor por los niños, sentimiento derivado del anterior); «... tono sencillez, ternura, enseñanza discreta, y un soplo de poesía casta y plácida que encanta al infante y no desagradada a los adultos».

Todos los demás aspectos de la poetisa desagradan, en cambio, al crítico en la medida que sirven para alimentar la violencia, la pasión y la egolatría de ella: «La poetisa viste la naturaleza con los tonos de su desolación o por lo menos de su fatiga por los dolores que le diera la vida». En «Promesa a las estrellas» «se dirige a las estrellas que pueblan el cielo, y a través de las preguntas que les hace traza su propio elogio».

Los poemas «Plegaria por el nido» y «Doña Primavera» caen en el grupo que agrada al crítico, aunque en el último «no olvida a los muertos». Del primero dice: «En «Plegaria por el nido» se moja la lengua en ternura para cantar tan fino ornamento del árbol» (Pág. 97).

* * *

El supuesto misticismo de Gabriela Mistral queda destruido con definiciones de eminencias como Menéndez y Pelayo y otros, todo lo cual parece innecesario, pues la poetisa parece demasiado humana para ser mística. Sus versos de carácter religioso no son otra cosa que el resultado del choque violento entre su dolor humano o su angustia y sus creencias, en las que no encuentra consuelo, que es lo que ella se ha propuesto

dar a los hombres en su obra posterior a «Desolación». (Véase «Voto» al final de esta obra).

Sobre este misticismo de Gabriela Mistral se lee en la página 70 del libro del señor Silva: «En términos generales puede decirse de todas estas poesías que mencionan a Dios no para cantar los goces de la unión con El, ni para expresar el deseo de que esa unión se realice, sino sólo para calmar la inquietud humana que en la poetisa dejó la tragedia que la hizo viuda antes de casada». Más adelante agrega que este misticismo «no es otra cosa que una poesía erótica». ¿«Poesías erótica» de una «viuda antes de casada»? ¿Qué ha querido dar a entender el señor Silva? Antes en la página 23, decía del único amor de la poetisa que había sido «verosímilmente» casto. Luego la llama «viuda antes de casada», e insiste sobre esto mismo en la página 93, cuando habla de la «tragedia que la dejó viuda». En la página 121, y en otras, llama «amante» al hombre amado por la ex maestra rural. *Amante* tiene entre nosotros los chilenos un significado que va más allá del simple amor romántico y a distancia. Pero después de las expresiones citadas anteriormente el lector no sabe qué acepción atribuirle. ¿Ironiza el señor Silva? O, ¿duda de la integridad moral en la vida privada de Lucila Godoy Alcayaga, nombre «civil» de Gabriela Mistral? Esto molesta. ¿Hasta dónde puede llegar el detectivismo literario o la policía de sanidad literaria y la simple urbanidad?

No se detiene aquí el señor Silva. pues a propósito del misticismo gabrielamistralesco dictamina: «No faltan a estas invocaciones tal y cual rasgo de duda y hasta de blasfemia...» Si nuestro crítico hubiera sido inquisidor habría condenado a la autora de «Desolación» a la hoguera?

* * *

Siguiendo la trayectoria del señor Silva como crítico en general uno llega, en cierto modo, a persuadirse de que siente

una especie de aversión por la mujer intelectual y por los profesores. No se le reprocha. Se constata. Y hay que tratar de guiarse en el espíritu de un escritor para captar sus ideas y explicar sus preferencias,

Gabriela Mistral era ambas cosas; intelectual y maestra.

Los profesores chilenos han celebrado como propio el triunfo de Gabriela Mistral en Suecia. Aquí hay que recordar que el señor Silva descubrió en «La Nación» de Buenos Aires un artículo firmado por el escritor argentino Alberto Gerchunoff en el que se consignan las siguientes palabras textuales atribuidas a la poetisa: «Realmente es una profesión (la maestra), que no está hecha para mí, Lo he comprendido en Méjico». «Y agregó para corroborarlo—continúa el crítico en la página 113—ejemplos cómo hería su espíritu la disciplina escolar, hecha de repetición y constancia». La cita parece muy inteligente: así se destruye un valor con sus propias contradicciones.

Ninguno de los poemas, en prosa o en verso, que elogian a los maestros—muy anteriores, por supuesto, a estas declaraciones—merecen la aceptación del crítico

«...se exagera en cambio la importancia de la obra de todo profesor. No es real esta influencia del maestro en el niño...»

«...como profesora, Gabriela Mistral se siente arrastrada a dar a la labor de la escuela un carácter superlativo, y se equivoca».

Respecto de un punto que ya no discuten los técnicos, porque se ha llegado a conclusiones precisas, se pregunta: «¿no será llevar demasiado lejos la misión del profesor, atribuir desmedida importancia a una tarea respetabilísima, pero que no es mayor como influencia en la vida del joven que la influencia del hogar?»

Refiriéndose a «La oración de la maestra» expresa: «Acepta aquí, por primera vez, que la huella del profesor en el niño no sea tan honda como había supuesto, porque dice: «No me

duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de los que enseñé».

En este capítulo el crítico se convierte en un ciclotrón para desintegrar el prestigio que como maestra tiene Gabriela Mistral.

* * *

En el estudio particular de algunas de sus poesías el crítico descarga la bomba atómica de su análisis y raras veces escapan de su poder destructor.

«Los sonetos de la muerte»—premiados en 1914 a falta de otros y sólo para no hacer fracasar la fiesta de los Juegos Florales proyectados, por un jurado que reveló «un mal gusto deplorable»—«carecen de todo aliño, de todo arte literario, y son tan oscuros y retorcidos como si fuesen la caricatura de una poesía».

Igual suerte corren numerosos otros poemas de la laureada, muy difundidos entre el público y puestos hoy de actualidad, tales como «Interrogaciones» y «El ruego» («poesías tintas en sangre»). «Volverlo a ver» («exagerada y violenta»). A las dos primeras dedica—a igual que «Los Sonetos de la Muerte»—varias páginas en las que emplea con verdadera delectación una ironía poco simpática, como la ya señalada, «le interesa saber cómo quedan durmiendo los suicidas», «también le interesa lo que pasa más tarde», «después de pintar una serie de posibilidades trágicas y dolorosas», «que sea «ceñidor de su veste» ya parece demasiado doméstica ocupación». Así como hay personas que insisten en ponerse un traje que no les sienta bien, así le sucede también al señor Silva cuando quiere vestirse de ironía: le falta gracia, donaire, sutileza.

Es preferible la rudeza con que habla de otros poemas. De «In Memoriam», escrito con motivo de la muerte de Amado Nervo, se expresa así: «En esta breve composición parecen ha-

berse dado cita los errores en que es fecunda la poesía de Gabriela Mistral». Califica de «insignificante» la poesía «A Joselín Robles». Y estima «de valor literario nulo» el poema «La sombra inquieta» sobre el delicado libro del mismo nombre y de que es autor Alone (Hernán Díaz Arrieta).

Se ha dicho más atrás que Gabriela Mistral no ha logrado conmover a don Raúl Silva. Esto no sería del todo exacto si se leen las siguientes líneas al principio de la página 128: «... Gabriela Mistral no ha vuelto a tocar el tema de su tragedia de amor sino en dispersas alusiones (*Los huesos de los muertos, Coplas, Poemas del hijo, etc.*) algunas de ellas tan sinceras y conmovedoras que sobrecogen el corazón del que lee, si éste tiene un corazón sensible». Pero lo dice burlándose, en el capítulo más irónico de todo el libro.

* * *

En uno de los capítulos finales titulado «Influencias» señala las que han ejercido sobre la poetisa, Amado Nervo, Rubén Darío, Rabindranath Tagore, la Biblia, Guerra Junqueiro, Juan Ramón Jiménez, Paul Fort (en las rondas) y Omar Khayyam, todo ello perfectamente ilustrado y confrontado, pero «es influencia de espíritu la que se quiere señalar, no una coincidencia de forma, que sería tal vez más concluyente». Parece que de nuevo el señor Silva ha querido ser piadoso y ha presentado estos casos concretos de influencias, no para denigrar a la poetisa, pues todos los escritores, quiéranlo o no, son influenciados entre sí, sino para hacer gala de su erudición, de sus lecturas y excelente memoria.

Al señalar objetivamente esas influencias no hace mención de que también suele suceder que «les grands génies se rencontrent».

* * *

Muy interesantes los estudios dedicados a las preferencias cromáticas y lexicológicas de Gabriela Mistral. Este método de análisis parece haberlo importado de las Universidades alemanas el Dr. Yolando Pino. Respecto de las primeras consignamos algunas frases del crítico: «Los colores suaves como el violeta y el gris figuran poco», «son los colores violentos los que más seducen»; y, finalmente: «Atribuye a los colores el significado subjetivo que es de rigor: el rojo es la tragedia y el odio, o el amor cuando lo crispa la pasión: el negro es la muerte; el blanco, la pureza de los seres elementales o del olvido de las pasiones. La predilección por el rojo es señalada. Es el color que define su obra y que autoriza a hablar, frente a ella, de una poesía violenta y ruda en la cual se ha buscado, antes que sugerir, expresar crudamente, y más que apaciguar las heridas, encontrarlas y hacerlas sangrar dolorosamente».

Pero, si desde el punto de vista de las preferencias cromáticas no escapa la escritora sin reproche, más rudamente tiene que soportar el bombardeo del crítico en cuanto al léxico. «Si se acepta que las palabras a que acude un autor señalan sus íntimas preferencias y dibujan, además de los motivos de su inspiración, el tipo de su sensibilidad podremos establecer sobre aquéllas un género de diagnóstico literario que tendrá visos de ser más seguro que otros». Esta es la hipótesis del autor. Ahora la demostración con algunos vocablos tomados al azar: «...la poetisa no puede negar la repulsa que siente ante el deleite que otros artistas manifiestan frente a esa *carne*», es decir que, con respecto al vocablo «carne» le reconoce pudor, especialmente si se la compara con sus hermanas del continente, Juana de Ibarbourou o Delmira Agustini; pero sobre la palabra «entraña», que encuentra en expresiones violentas, dice: «Afortunadamente—salvo manifestaciones aisladas—la poesía americana no ha seguido esta ruta realista que le señalara Gabriela Mistral en

poemas que llegan a parecer impúdicos». ¿En qué quedamos? ¿Es pudorosa o impúdica la poetisa? Apenas el señor Silva la levanta un poco cuando la hunde con la misma violencia que constantemente le reprocha.

Otros términos;

Herida.—«Una herida no es bella». «La expresión poética de Gabriela Mistral es violenta».

Labio.—Le niega el uso de la sinécdoque, «Parece haberse propuesto, pues, reemplazar cuantas veces ha podido la palabra boca por labio o labios, con lo cual, justo es decirlo, no aclara la expresión ni la hace más ligera sino que la complica y la perturba».

Llaga.—Le niega ahora el uso de la metáfora en los siguientes versos:

«mi alma en que yo clavé
tu rostro como una llaga».

El señor Silva exclama: «Es la imagen del hombre que ama la que le hace pensar en una llaga, es decir en una úlcera!» Pero parece que la palabra *llaga* no estuviese aquí empleada en el sentido estricto o directo de «úlcera» sino en el figurado de «mal» o de «dolor» constante producido por el recuerdo impercedero del hombre amado,

Sangre.—«Es una de las mayores originalidades de Gabriela Mistral haber reservado en su poesía tan ancho espacio a esta palabra que en boca de una mujer, sobre todo, está ligada a estados fisiológicos de que generalmente no se habla en poesía, porque el pudor lo impide». Es uno de los vocablos más empleados por la poetisa (27 menciones en la lista: la otra es «carne» con 39).

Pero, ¿para qué seguir? No se ha pretendido aquí hacer la defensa de Gabriela Mistral. ¿De qué hubiera podido servirle

una pobre defensa después que obtuvo el Premio Nobel de Literatura?

Si se considera que «Estudios sobre Gabriela Mistral» es en un 90% «censura» y «sombra» esa distinción no habría honrado a Chile ni a Hispanoamérica sino que, por la inversa, nos habría desprestigiado. No debe haber tenido esta intención el señor Hjalmar Gullberg al traducir los poemas de Gabriela Mistral al sueco. ¿Ignoraba la Academia Sueca la existencia del señor Raúl Silva Castro y de sus «Estudios sobre Gabriela Mistral»? Parece que sí, pues de lo contrario no habría seguramente premiado a nuestra poetisa que, en conjunto, sale muy mal tratada de manos de este crítico, cuya imparcialidad quedará ahora en la más sombría duda y su prestigio un poco menoscabado.

Sin embargo, no se puede tampoco decir con certeza lo que el autor se propuso al escribir este libro, pues no se llega a conclusiones concretas, bajo pretexto tal vez que sólo se pretendió estudiar. Pero no se estudia por estudiar sino que sacar un provecho concreto, que es el placer del estudio, Si lo que el crítico pretendió fué hacer que Gabriela Mistral, mediante la censura desmesurada de defectos secundarios, se la relegase al olvido o se le quitase el valor prepotente que estaba adquiriendo, no cabe duda de que ha fracasado.

O, a lo mejor, el señor Silva tiene razón. Una de las anécdotas de George Bernard Shaw, de las que es tan pródigo el gran filósofo-humorista británico—también agraciado con el Premio Nobel de Literatura hace veinte años—dice que durante el estreno de una de sus abundosas obras de teatro, en un entre-acto en que el público pide y obtiene la presencia del dramaturgo en el escenario, uno de los espectadores de la platea silba la obra a rabiarse. Cuando el silencio se hace, porque Bernard Shaw hará uso de la palabra, el espectador de esta historia aprovecha para silbar a más y mejor. El gran escritor se inclina para preguntarle:

—¿Por qué me silba Ud., señor?

—Porque su obra es detestable—le grita el espectador en el colmo de la exasperación.

—Estoy en completo acuerdo con Ud.—le respondió Shaw sin vacilar—pero, ¿qué quiere Ud. que hagamos, Ud. y yo solos contra todo este inmenso público?

En el banquete que el Rey Gustavo de Suecia ofreció el 11 de diciembre de 1945, al día siguiente de la ceremonia oficial de la entrega, a los agraciados con los diferentes premios Nobel, nuestra poetisa dijo con encantadora humildad:

«Por una casualidad afortunada, que sobrepasa mi comprensión, soy en estos momentos la voz directa de los poetas de mi raza y la voz indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa».

Claro. Pura casualidad, como en la lotería. Las palabras de Gabriela Mistral, parodiando a Shaw, parecen decir al señor Silva:

—Ud, encuentra que mi obra es imperfecta, porque hay en ella vehemencia, pasión y sangre, contrastando con la ternura de mi maternidad ideal, y porque hay en ella contravención constante a las normas del arte que debiera dominar. Estoy en perfecto acuerdo con Ud. Me han dado el Premio Nobel por una casualidad afortunada. No lo comprendo. Pero, ¿qué quiere Ud. que hagamos, Ud. y yo solos contra todo el mundo?

Con todo, parece que el señor Raúl Silva, que seguramente ha escrito la obra más completa y extensa en el mundo sobre Gabriela Mistral, no quiso emitir un juicio global acerca de la poetisa sino que trató de enjuiciarla y, haciendo de acusador público y jurado a la vez, después de pesar los numerosos agravantes y los reducidos atenuantes, quisiera declararla culpable del delito de lesa literatura.